cial. Los que infringen esta ley procurándose sin cesar goces intensos, agotan pronto la fuente de la vida, acaban por no encontrar placer en nada, y apresuran el fin de sus dias con una caducidad precoz. Dios ha querido que fuésemos parcos en el goce de los placeres; y á mas de prescribirnoslo expresamente, nos ha obligado á ello por las mismas leyes de nuestra organizacion. El placer moderado que resulta de un ejercicio legitimo de nuestras funciones, lo ha esparcido el Criador sobre toda nuestra vida, como un aroma suave que la ameniza y conserva; tal es el bienestar general que procede de una perfecta salud, y del uso de nuestras facultades dentro

los limites señalados por la razon y la moral.

145. El placer ausente produce deseo de alcanzarle; y cuando está presente causa el deseo de continuarle, hasta que el cansancio de los órganos engendra el fastidio. El dolor ausente ó presente da origen al sentimiento de aversion, especie de fuga interior con que el ser viviente procura apartarse de lo que le daña. Cuando estas inclinaciones sensibles se hallan solas, sin la direccion de la razon, como sucede en los brutos, se las ve limitadas á lo que conduce á la conservacion del individuo y de la especie; pero si se encuentran en un ser dotado de facultades superiores, como el hombre, sufren mil modificaciones à causa del libre albedrío que las modera ó las desordena. Así es que vemos en el hombre los dos extremos: en unos la represion de las inclinaciones sensibles, hasta un punto que supera las fuerzas naturales; en otros el desencadenamiento de estas mismas inclinaciones hasta el deplorable exceso de consumir en breve tiempo la vida del individuo. Estos extremos son una prueba evidente de que hay en el hombre facultades superiores, cuyo impulso ordena ó desordena el ejercicio de las inferiores; y por tanto estas le han sido dadas bajo condiciones muy diferentes de las que se hallan

en los brutos. 146. Esos fenómenos sensibles que llamaremos en general inclinaciones, aunque estén ligados con los demás, se distinguen por un carácter especial, que es el impeler al viviente hácia los objetos. Para completar las funciones de la vida animal no bastaria que este tuviera las representaciones de otros seres; es preciso que haya en él ciertas afecciones sensibles que á manera de resortes le impelan á buscar lo que le conviene, y huir de lo que le daña. En el hombre, algunas de estas inclinaciones tienen relaciones especiales con la razon y la moral.

CAPÍTULO XVIII.

EL SENTIMIENTO.

147. Se ha explicado en el capítulo anterior que á mas de la sensibilidad interna, que podríamos llamar representativa, tenemos otra que denominaremos afectiva. Esta no nos ofrece objetos, sino que nos pone en relacion con ellos, inclinándonos ó apartándonos de los mismos. A un padre le ocurre la imágen de su hijo que se halla viajando por países remotos; en esto se ve el ejercicio de la imaginacion, representando. Al recordar à su hijo experimenta el padre una impresion de tierno amor hácia él, un desco de verle, de abrazarle antes de bajar al sepulcro; aqui se ve el ejercicio de una facultad, no representativa sino afectiva, que no ofrece un objeto, sino que inclina hácia él.

148. En la sensibilidad afectiva conviene distinguir entre las inclinaciones que se ordenan inmediatamente à la conservacion del individuo ó de la especie, y las que tienen un objeto diverso. A las primeras se las debe llamar apetitos, á las segundas sentimientos; aquellos nos son comunes con los brutos, estos son exclusivo patrimonio del hombre.

149. No pertenecen á esta obra las discusiones sobre la naturaleza ni el sitio de los órganos que sirven al ejercicio de la facultad del sentimiento; baste consignar que es un hecho indudable la relacion de este ejercicio con las especiales disposiciones de la organizacion. Entre los varios individuos se ven diferencias muy notables; unos son naturalmente alegres, otros melancólicos; unos pacíficos, otros iracundos; aconteciendo lo mismo en todas las demás pasiones, y descubriéndose estas diferencias independientemente de la educacion. Hasta en un mismo individuo los sentimientos se modifican segun la disposicion del cuerpo: ¿ quién ignora que ciertas en-

fermedades producen tristeza, temor ó pusilanimidad? Aun en estado de perfecta salud, ¿ quién no se ha notado diferente de si propio, segun las variedades del clima, temperatura, alimentos ú otras causas que afectan al cuerpo?

150. En los objetos de los sentimientos y en el modo con que nacen en nuestra alma, se ve lucir una facultad superior à la puramente sensitiva. El sentimiento de lo sublime, de lo bello; el amor de la patria, de la virtud; la admiración por las grandes acciones; el entusiasmo y otros sentimientos semejantes, no pueden encontrarse en un ser que no comprenda un órden de cosas muy superior al mundo sensible.

151. Es de notar que aun aquellos sentimientos de que parecen participar los brutos, como el amor maternal, se hallan en el hombre con una constancia y sobre todo con una grandeza y dignidad, que los hace de un órden mas elevado. Mientras los animales no conservan su afecto hácia sus pequeñuelos, sino por el tiempo en que estos no pueden acudir á sus necesidades, la madre entre los hombres no pierde el cariño á sus hijos en toda su vida; y al paso que en los brutos este amor tiene por único objeto la conservacion, en la mujer se combina con mil sentimientos que se extienden á todo el porvenir del hijo, y que engendrando continuamente el temor y la esperanza, llenan de amargura el corazon de la madre, ó le inundan de gozo y de ventura. (V. la Lógica, lib. r, cap. III.)

152. La facultad del sentimiento tiene intimas relaciones con la moral; y así me reservo para aquella parte de la filosofía el hacer otras observaciones que no serian propias de este lugar.

CAPÍTULO XIX.

ESCALA DE LOS SERES.

153. La sensacion, en cuanto representa objetos, no es un acto de inteligencia, pero se puede decir que forma el grado mas infimo del conocimiento, si este nombre quisiéramos dar al hecho de representarse un objeto en la conciencia de un ser perceptivo.

154. Observando la cadena de los seres inferiores á los intelectuales, podremos establecer la siguiente escala: seres sin conciencia de ninguna clase, como lo son todos los inorgánicos y aun los vegetales; seres con conciencia puramente subjetiva. como lo seria un animal cuyas sensaciones no le representaran ningun objeto, como fueran las de hambre, sed, calor, frio ú otra afeccion cualquiera, grata ó dolorosa. Seres con conciencia representativa, esto es, que tengan sensaciones tales que no sean solo hechos absolutos en ellos, sino que se refieran á algun objeto representándole.

155. Así tenemos que la conciencia es una perfeccion añadida al ser, y la sensacion representativa es un gran progreso en esta conciencia. Lo insensible es, pero no experimenta su propio ser; tiene relaciones, sufre mudanzas, mas no experiencia de ellas. El ser con conciencia no solo es, sino que experimenta su propio ser, y las mudanzas que en el mismo se verifican : al ser sin conciencia todo le es indiferente : para el de conciencia hay un bien ó mal estar; el primero se hallará en medio de infinitas relaciones, del mismo modo que si no tuviese ninguna; el segundo experimenta los efectos de estas

relaciones y las busca ó las huve.

156. Pero cuando la sensibilidad se eleva á representacion, es algo mas que la experiencia de un fenómeno puramente subjetivo: el ser que la posee sale en cierto modo de sí mismo, ó mas bien tiene en sí propio á otros seres en cuanto se hallan representados en él. El ser sensitivo no se limita entonces á un órden de fenómenos puramente experimentales para sí mismo : es una especie de punto en que se reunen los objetos, un espejo en que se refleja el mundo corpóreo; pero un espejo que se ve á sí propio, que siente el admirable fenómeno que en él se verifica.

157. Elevada la sensibilidad á este punto, se halla, por decirlo así, en los confines de la inteligencia; pero esos confines están todavía separados por un abismo: el conocimiento sensible es hermoso, brillante, si se le considera en sí solo; mas si se le compara con el intelectual, su resplandor se os-curece, como se eclipsan las estrellas al levantarse sobre el horizonte el astro del dia.

158. A cada órden perceptivo corresponde otro afectivo ó